Los Contemporáneos

ROSA MÍSTICA

NOVELA DE

DIEGO SAN JOSÉ

Ilustraciones de HERMIA

30 NOVIEMBRE 1917 — NUM. 466

30 Cénts.

Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas cortas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y colores, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

MARTIN DE LOS HEROS, 65, MADRID

Teléfono 4.539 Apartado de Correos 216

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts. Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18.

NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 30 céntimos.

Id. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

LA MEJOR MAQUINA DE ESCRIBIR

USAD para escribir limpio la MÁQUINA "YOST"

No tiene cinta

No desaparece lo escrito

COMPARAD la escritura de la MÁQUINA "YOST"

con todas las demás

Enseñanza de mecanografía

Central de la "YOST" en España.--Barquillo, 4, Madrid.

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS. GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo.

PARA CASAS DE CAMPO

El alumbrado por gasolina no tiene rival.
Es inexplosivo y no produce humo ni olor.

CATALOGO GRATIS

PASCUAL M. LAORDEN (S. en C.)

(Antes LAORDEN Y Cía. S. en C.)

FUENTES, 9. MADRID.—Teléfono 2996.

PARA BUENOS IMPRESOS Y SELLOS CAUCHO

Manuel López Ortega (hijos)

ENCOMIENDA. 20 DUPLICADO.

Gran rapidez — Fundición diaria

"LOS MUCHACHOS" SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Los Contemporáneos

30 DE NOVIEMBRE DE 1917

AÑO IX NÚM. 466

PAGINA DE PROVINCIA

El alcalde del barrio

Cuando llegó la víspera del Santo, los vecinos del barrio de San Roque, se prepararon para celebrar las fiestas de costumbre.

El "Tío Ojicos" el alcalde, cuando en el crepúsculo tornaba del bancal, afianzado y comodón sobre las aguaderas de la burra, y se sentaba á tomar el fresco y á echar el cigarro en el portalón, pensaba y pensaba en la organización del programa de festejos. Interés tenía "Ojicos" en que éstos resultasen vistosos, para que su barrio diera ciento y raya al barrio vecino, que creía pintarse solo en estos menesteres de divertirse y enaltecer al Santo.

Un día, recibió el alcalde un recado de doña Remedios, viuda beata y propietaria, que le ordenaba se entrevistara con ella. "Ojicos" debía el mando á doña Remedios, y luego de ponerse las alpargatas nuevas de lona blanca y cintas negras, y avisar á "la parienta" á dónde iba, se plantó en casa de la señora.

Allí estaban las fuerzas vivas de la barriada toda, llenando la salica de costura. "Ojicos" miró orgulloso á los demás visitantes, porque la señora le había recibido con una inclinación de cabeza, y se creyó en el derecho de sentarse respaldado, darle una chupada á la colilla y hacer un carraspeo sonoro.

Doña Remedios se afianzó las gafas, púsose en la boca una de las pastillas que calmaban su maldito y crónico resfriado, y empezó á parlar, con la cabeza seria y el acento grave. Los distinguidos vecinos, escuchaban con mucho respeto, asintiendo de cuando en vez con la cabeza; uno de ellos, que tenía necesidad de toser, se aguantó para no pecar de imprudente. Sólo el "señor Ojicos"—también le llamaban señor—interrumpía para decir como una sentencia:

—Bien dicho está eso, bien dicho está eso.

La señora se lamentaba del olvido de los vecinos. Vísperas del Santo, y aún no habían hecho los faroles á la veneciana, ni contratado á los tíos de la charimita y el tambor, ni arreglado la hornacina. ¿Es que habían perdido la fe? ¿Es que no pensaban respetar la tradición que tanto cuidaron sus abuelos?

Al oir esto excusáronse los vecinos:

—Por Dios, doña Remedios, no pensamos tal cosa.

—¡Y el que lo piense es un mal hijo! — añadió el alcalde carraspeando otra vez.

—Pues usted dispondrá—le dijo doña Remedios.

—Y bien dispuesto que va á ser; hogaño se harán fiestas mejores aún que el año pasado.

—A ver si es verdad.

—Descuidie usté, descuidie que en güenas manos está el pandero.

Quedó la viuda satisfecha y desarrugó el ceño. En seguida se pusieron de acuerdo. Ella encargábase de pagar al cura y á los músicos; mal estaban los tiempos, pero vaya, haría un sacrificio: los demás que adornaran la calle y la hornacina: para el adorno de ésta, también les prestaría ella su famosa colcha rematada con la triple ringlera de flecos verdes.

Muy gozosos quedaron todos del resultado de la entrevista. "Ojicos" más que nadie, por aquello de "usted dispondrá".

—Decirle á ese envidioso que quiere arrancarme la vara, lo que me ha dicho la señora. ¡La señora! que es hermana del concejal del destrito. Ya lo habéis oído, "¡Usted dispondrá!"

Y pensando en estas palabras por poco revienta de la hinchazón.

Arribó el día del Santo y fué hermoso el amanecer, en la barriada, llena de papeles y telas de colores pendientes de los arcos de ramas. De la hornacina habían desaparecido los tejidos de las arañas y el polvo, y San Roque se veía perfectamente con el perro al lado, y en la pierna la herida sangrante. En la ermitica, el esquilón tintineaba al viento, y en las ventanas se entreveían las chicas aún no despiertas del todo.

El charimitero y el tamborero salieron de la taberna y comenzaron á tocar el cuplet siempre de moda, que le dice á María que se tape las pantorrillas que se le ven. Seguían á los músicos un grupo de chiquillos con los mocos colgando y en las manos cachos de toñas. Algunos daban volteretas ó seguían con las manos el compás de la tocata. Uno de ellos, así que se engulló la toña, se relamió los labios, se limpió las manos con la lengua y se acercó al tambor; curioso empezó á palpar los aros, los tornillos y la caja; el músico le amenazó con sacudirle algo, si no se estaba quieto: así quedó unos instantes el chico, pero volvió á lo mismo; atreviéndose á palpar el parche y los bordones. Entonces el hombre se quitó el tambor y enfundó con él la cabeza del muchacho, que empezó á llorar llamando á su madre. Se arremolinó la gente, y el "señor Ojicos", que de tan majo como iba hasta llevaba camisa planchada, se acercó llevando en alto su vara de alcalde; todos le abrieron paso, admirando su chaqueta que sólo de año en año veían. "Ojicos" altivo, frunciendo el ceño de vez en vez, se dignó escuchar la relación del suceso. Como el chico era sobrino suyo y no estaba dispuesto á consentir "infantecidios", levantó la vara y la partió en dos sobre la cabeza del músico.

Las fiestas ya no se celebraron, con disgusto de todos.

Y al siguiente día, mientras las arañas tejían suavemente sus telas entre San Roque y su hornacina, los vecinos recogían firmas para pedir la destitución del alcalde, que exclamaba indignado:

—Hace poco habéis derribao las muchedumbres al Gobierno y agora queréis derribarme á mí. Así pagáis á quien bien os sirve: si no hace uno justicia, malo, y si la hace, peor...

ANTONIO ZARAGOZA RUIZ

CRONICA POLITICA

La manifestación *pro amnistía,* efectuada el domingo, y el discurso de Romanones en el banquete con que fueron obsequiados los concejales electos de su partido, constituyen las dos notas salientes de la semana última. Ambos sucesos eran esperados con expectación perfectamente justificada: la multitud impone siempre respeto, y la personalidad del conde de Romanones tiene demasiado relieve para que pase inadvertido ninguno de sus actos, y mucho más en las circunstancias que atraviesa España.

Pero es lo cierto que ninguno de los dos acontecimientos han respondido á lo que de ellos esperaba el público. La manifestación resultó un tanto fría, como si el dios Neptuno, bajo cuyos auspicios se había organizado, hubiese dirigido sobre los manifestantes algún chorro del agua que tritones y delfines prodigan en torno á su pétrea figura. Prueba del escaso arraigo que la idea encarnada por el acto hallaba en el público, la ofreció un hecho que la casualidad puso como en parangón de aquél. Un incendio voraz destruyó en la madrugada del domingo el palacio de linajuda familia cortesana. El público acudió á la plaza de Colón más para ver los restos humeantes del edificio que por presenciar el paso de la muchedumbre congregada en son de protesta; y los comentarios del día, hiciéronse en torno al siniestro, dejando en menos que secundario lugar las referencias á la manifestación.

Por lo que hace al discurso del conde de Romanones, es indudable que ha puesto de relieve sus grandes dotes de hombre habilidoso y oportunista como pocos, sabiendo siempre colocarse en la situación más airosa. ¿Quién ha olvidado el famoso artículo *Neutralidades que matan,* publicado en *Diario Universal* á raíz de iniciarse la guerra europea? ¿Cómo no recordar que, más recientemente, las tendencias del gobierno presidido por el conde de Romanones eran francamente intervencionistas? Sin embargo, en su discurso proclamó todo lo contrario, mostrándose el neutral más convencido y abominando de quien pudiera suponer en él ideas contrarias á ésta. Supo asimismo adaptarse á las circunstancias, renegando de los partidos políticos troquelados en los viejos moldes: y á renglón seguido, tuvo á gala proclamarse jefe de los liberales históricos... Para hacer tales cubileteos sin indignar á la opinión, hace falta la enorme habilidad que propios y extraños reconocen en el conde de Romanones.

¿Más notas de la semana? La creciente carestía de todo, en términos tales, que la vida, imposible para el proletariado, va siéndolo también para la clase media, aun en su aspecto pudiente. Verdad es que los ministros siguen estudiando la manera de salvar al país. Lo malo es que al país le ocurre lo que al gato del cuento, á quien su dueña, tacaña en demasía, deseaba acostumbrar á no comer. Forzado por la dura necesidad, el minino se resignaba al perenne ayuno: pero cuando ya estaba casi acostumbrado... se murió. Y el país, si aún no se ha muerto, está dando las boqueadas.

DEL NATURAL

En la plataforma del tranvía

—Pero oiga usté, cobrador,
¿hasta cuándo van á estar
subiendo? Vamos aquí,
lo menos quince de más.
—Dos, cuatro, seis, doce, veinte...
Si la contabilidá
no es un mito, van los justos.
—Pa mí que cuenta usté mal.
—Lo que pasa es qu'usté ocupa
medio coche... ¡Camará
con el amigo!...
—Y'ocupo
lo que me cumple y en paz.
—Cobrador, no l'haga caso,
qu'es tarde.
—¿Y á usté quién l'ha
dao permiso pá meterse
en este asunto?...
—¡A callar!
—¿Y si no quiero? ¿Qué pasa?
—¡Hombre, pues no pasa ná!
—¡Como me mira usté así,
parpadeando, y de tan
mala manera...!
—Es nervioso.
No lo puedo remediar.
Mírelo usté...
—Eso se quita
con mucha facilidá.
Tome bromuro.
—No quiero.
—A mí, plín.
—Pues á mí, plán.
—Aplácanse las pasiones,
y qu'haiga neutralidá,
si pué ser... Se trata d'una
futesa...
—¿Tié la bondaz?
—¿Otra vez...?
—¿Cómo otra vez?
—¡Si ahora s'estila pagar
por duplicao...!
—No m'acuerdo...
—Pues acuérdese...
—Será
que con esto de la guerra...
—Es posible. Cosas más
difíciles hemos visto.
—¡Anda...! ¡Y las que se verán!
—¿Me permite que me apée...?
—¿Qué?...
—Que si puedo bajar.
—Si no s'halla usté impedido
yo creo que sí...
—No está mal...
—Bajan tres y suben siete...
—Pollo, ¿se quié separar
unas miajitas?
—Señora,
m'empujan los de detrás,
y es claro...
—Pues que no empujen...
—¡Caballeros, no empujar!
—¡Se las trae el viajecito!
¡Otra paradita y van
cuarenta en cinco minutos...
—¿Tié usté l'amabilidá
de decirme qu'hora es?
—Sí, encanto... Voy á mirar
el calderómetro... Son
las catorce y cuarto.
—¿Las
catorce y cuarto...?
—Y sereno.
Antes, en l'antigüedá,
eran las dos...
—Muchas gracias.
—Las suyas, divinidaz...
—¡Y dále!... Parada y fonda...
Vaya, me voy á apear.
¿Hace el favor...?
—Sin favor,
prenda, no faltaba más...
¿Quiér'usté que l'acompañe
donde sea...? Soy capaz
de seguirla á usté hasta el fin
del globo terrestre.
—¡Quiá!
Usté no llega tan lejos.
—A su lao, ¡no he de llegar,
no digo yo al fin del mundo,
muchísimo más allá!
Con verlo basta...
—Pues... vamos.
Pero tié usté qu'empezar

DIEGO SAN JOSÉ

ROSA MÍSTICA

A mi querido amigo el Licenciado don José Pérez Andreu, cultísimo periodista y entrañable camarada.

I

La calle de los Santos estaba y está á la misma margen de la insigne iglesia de San Francisco, que es templo prócer entre todos los de la villa matritense. En ella y en las otras rúas sus hermanas cobijábase lo más florido del Madrid bajo de rompe y rasga, que se orea en las *Vistillas* con los aires puros del Guadarrama, tamizados por la magnífica umbría de la Casa de Campo.

El Madrid que danza y rebulle en la romería de San Isidro, á mediados de Mayo, y á la orilla del río, también comenzado Junio alborota, se divierte y anda en apretadas contiendas so pretesto de rendir culto devoto al patrón de las niñas sin novio, que es el seráfico San Antonio de Padua.

Pues esta dicha calle, bautizada con tan bienaventurado nombre, era por los años ya distantes de 1803, como el relicario de los piadosos madrileños, y á bien que ellos no la trocaran por la mejor plaza de París, el más suntuoso *square* de Londres, ni la mismísima Vía Apia de la Roma triunfante y pagana.

Hasta el Puente de Segovia, llegaba el vaho de santidad que respiraba la tal calleja, que ni aún de tal categoría pasaba, y aún entrábase con mucho rango camino de los Carabancheles, y quién sabe si confundiríase con las mismas brisas de la mar.

De todos los barrios llegaban *peregrinos,* que como iluminados parábanse ante cierta casa, y con tal fe estábanse contemplando la humilde y destartalada fábrica que no les separaban de allí, ni con agua caliente.

Quien llevaba consigo un niño tullido, y quería á toda costa entrarle en el portal, quien venía arrastrándose al amparo de unas muletas, y restregábase la laceria con el mismo dintel de la puerta, pensando que ello era más que suficiente para verse de allí adelante bueno y sano, quien traía sus penas y disgustos como si fueran tumores del cuerpo (aunque si bien se mira no dejan de serlo del alma) y entre lágrimas y mocos decía que no había de apartarse hasta que la *santa,* no fuese servido de darle el consuelo de su palabra divina.

Y con esto los vecinos, á más de maravillados y confusos, estaban divertidos y hubo alguno de conciencia tan ancha y espíritu tan gallofo, que sacó dinero á cuenta de la fe, vendiendo trapos viejos como íntimas y milagrosas reliquias que estuvieron puestas en el preciosísimo cuerpo de la elegida de Dios.

Ciertamente que cuantos venerandos recuerdos existen desperdigados por toda la cristiandad habiendo sido antes objeto usado por elegidos del Señor, no se miraban con ansia tan devota y fanática.

Día amaneció en que se alteró muy seriamente el orden en la calle de los Santos, por un pingajillo de la *Santa* ó por cualquier nadería que tocaron sus manos.

Reverenciados serán los restos del glorioso San Diego, en Alcalá de Henares; adorados los de San Isidro del Campo, en Madrid, y los de San Vicente Ferrer, en Valencia, pero ya pongo yo alguna cosa buena á que no llega á tanto su pleitesía como la que se otorgaba á cualquier hilacha ó remiendo de la bienaventurada Clara.

Había quien por un pedacillo de lienzo que imaginaba haber formado parte de la camisa de su

merced, diera la sangre de sus venas y aún renunciara á todos los bienes terrenos.

Muchos marabillábanse cuando oían hablar de peregrinaciones á Tierra Santa, y pensaban que la Humanidad estaba loca, pues no venía en potente avalancha que inundara toda la Villa á prosternarse á los pies de la Predilecta del Cielo, y á pisar las baldosas que bendecidas quedaban por el contacto de sus pobres sandalias.

No eran cédula para entrar ni la mucha devoción demostrada ante la casa de la bienaventurada, ni el rango y prez de las personas; los que conseguían el alto honor de trasponer los umbrales del privilegiado aposento, no dijérase si no que traían bula extendida por el mismísimo Pontífice Romano.

Ministro de la corona hubo que ante las tapias de aquella casa humilde y medio derruída, vió que su influencia no valía de nada y su autoridad quedaba hecha un guiñapo inservible.

Aquello era como la antesala de la gloria, y ya es sabido que en tan alta república no se alcanzan puestos por banalidades y honores terrenos, sino por mansedumbre del alma y limpieza del espíritu.

Empingorotadas damas, que en Palacio entraban á todas las horas del día y de la noche con la misma libertad que en su propia casa, hallaban en estotra la energía melíflua de una vieja oronda y fuerte, que rechazaba tanto honor para su hija, porque decía que no otra amistad buscaba ella ni había menester más que la de Jesús Sacramentado, esperanza de nuestra redención y nave única que nos ha de salvar de los crueles naufragios de la vida...

Los ciegos que no dejan vida ni suceso en paz, sacaron coplas y romances y alborotaban la villa toda con los prodigios sobrehumanos de su merced.

En las puertas de los muchos templos, vendíanse rosarios, cíngulos, cilicios y disciplinas, que usaba el *ángel* de Dios en sus ejemplares horas de devoción y penitencia.

—"Bienaventurados desta marca quiere el Señor para su trono —decían muchos—que no los que ahora se usan, que se van paso á paso á la gloria sin pena ni mortificación alguna, sino muy orondos y llenos de comodidades, con dos ó tres horas de devoción diaria."

Y este reproche, parece que solían hacerle, mirando las ventanas del monasterio, tras las cuales velaban por la salud espiritual de los maliciosos siervos del Señor Don Carlos IV, los austeros hijos de nuestro seráfico padre San Francisco.

Al oscurecer, solía acudir gente principal.

Magnates de la Iglesia, hidalgos de campanillas, marquesas enlutadas, magistrados graves, militares de altísima graduación y aún ministros de Su Majestad, pero muy pocos, casi ninguno, eran los que conseguían pasar de la escalera, el santuario estaba cerrado á piedra y lodo.

***

El origen de aquella mujer *perfecta*, que acompañada de su madre y una moza alcarreña, apareció un buen día en la calle de los Santos, permanecía en el misterio, á bien si todo ha de decirse, que nadie tomóse la molestia de entrarse en averiguaciones.

Sabíase sólo que en las postrimerías de la frívola centuria de las empolvadas pelucas, tuvo su culto en el número seis de la calle de Cantarranas que en los tiempos de ahora hónrase con el nombre imperecedero de aquel clérigo banal é insigne que fué en el siglo Frey Lope Félix de Vega Carpio.

Que por su mansedumbre y humildad, habíase granjeado muy intensamente el amor y respeto de todo el vecindario del barrio de los poetas (así llamaba el vulgo á tal parte de la villa, por aposentarse en ella lo más florido de nuestro Parnaso).

Es fama que era ocasión del más alto ejemplo, el ver salir algunas mañanas á entrambas mujeres en tren de ir á misa. Muy arrebujadas en sus mantos, llenas las manos de libros devotos y rosarios benditos, pasaban ante las gentes madrugadoras, y apenas osaban alzar los ojos del suelo al dar los buenos días y desear la paz del alma con las palabras del ángel.

La criada hacíase lenguas de la virtud de sus amas en la soledad de su aposento, que el de un anacoreta del yermo no le fuera á la zaga en lo estrecho, mal acondicionado y lleno de incomodidades.

Los más de los días con tal unción tomaba la más joven su pleitesía al Santísimo que pasaba muchas horas en éxtasis, como poseída de la divina gracia y decía cosas incomprensibles para los míseros humanos que de continuo estamos atenazados por el pecado mortal.

—Quién habría de decirme, siendo como soy una pecadora—exclamaba la moza—que me estaba deparada tan grande ventura como la de servir á esta santa. No me la quite Dios en todos los días de mi vida, pues si así lo hace bien tengo sabido que cuando él disponga de mí, voime al cielo como empujada por los ángeles, arcángeles y serafines.

Y los que comenzaron creyendo que hija y madre eran dos beatas corrientes y molientes y la fámula una parlanchina sin rumbo ni gobierno de su meollo, finaron por dar como cosa cierta, que en el barrio había roto su botón una flor de santidad...

***

De allí á poco comenzó la alcarreña á propalar no sé qué de milagros, hechos con pobres enfermos á quienes los médicos habían desahuciado. Prodigios acaecidos en las imágenes del oratorio, que estando de ordinario en un mismo lugar, de la noche á la mañana aparecían en otro distinto...

La especie llegó á oídos de venerables religiosos, que quisieron conocer de cerca la causa de tales maravillas, y así había tardes que remedaba la casa un jubileo.

Muchos entraron incrédulos, recelando que todo ello fuese superchería é invención sacrílega y salieron tocados del mismo mal que la moza.

Clara, (que así llamábase la iluminada), manteníase humilde y como confusa y aturdida de tanta pleitesía, y cuando más la reverenciaban y espantábanse de sus portentos, no hacía más que decir:

—Miren que se confunden y ofenden á Dios con tenerme en tanto. Déjemne sola con mi conciencia, que mucha soledad he menester para limpiarla de culpas y librarla de las asechanzas del Enemigo. Vengan sus paternidades á esta casa si fueren servidos, pero no para tomar ejemplo de esta pecadora, sino para que ella le tome y la encomienden luego en sus oraciones al Todopoderoso.

Y lloraba y retorcíase como si fuese el alma más perversa á punto de consumirse por la pujanza de sus delitos, en el fuego más vivo de los profundos infiernos.

Y la madre á su vez llamábales aparte y les suplicaba:

—Padres; por la pasión del Crucificado y los siete dolores de la Virgen Madre, inmaculada y sin mancha, miren que les pido que me tengan cuenta con esa hija. Díganle que no se mortifique desa suerte tan enemiga y despiadada, que es quitarse la vida. Las carnes se raja á puros disciplinazos y rasguños de cilicio, la salud pierde á fuerza de ayunos y penitencias, pues aun lo poco que come es desazonado y sin pizca de sustancia. Más de tres meses ha que anda como Dios quiere de sus cosas y no la puedo hacer que se procure remedio, pues dice que ello no es más de ardides que busca el Demonio para hacerla caer en la tentación...

Y los benditos padres consolábanla diciéndole:

—Sosiéguese hermana y no tema. Estas cosas no son de este mundo, ya ella que goza de la gracia del Espíritu Santo, sabe lo que se hace, y el Señor le da fuerza bastante para sobrellevar esas flajelaciones. ¡Ah, quién como ella pudiera lograr tal estado de perfección! Pero Dios quiere que esto sea sólo para sus elegidos, y así podrá estarse ella sin beber ni comer cuarenta días, cual estuvo Moisés en la cumbre del Sinaí, como si fueran dos horas. No la interrumpa, hermana, ni la estorbe la devoción...

Y salían de la casa, ansiosos de propalar por toda la corte las virtudes de aquella frágil mujer, que estando en la flor y lozanía de su juventud, tal se trataba, que más que criatura viviente parecía una muerta desenterrada, aunque sus ojos, grandes y negros, tenían un brillo penetrante y bajo su tosca estameña adivinábase lozana y turgente la carne pecadora... y dícese pecadora, porque todo mortal hasta el fin de sus días es infelice esclavo del pecado...

II

Suele acontecer muchas veces que entre flores sencillas del campo, como son madreselvas y amapolas, alza su rusticidad punzante algún cardo que es enfado del caminante, el cual distrae su atención de la gala humilde por no toparse con aquélla. Desta suerte aconteció con la bienaventurada Clara.

*

Cierta tarde acudió á su celda de la calle de Cantarranas, un alma poco dispuesta para la gracia divina en demanda de consuelo para cierta inquietud de su espíritu, y aconteció que habiéndole tomado en la escalera un insulto á tiempo de retirarse, hubo de quedar desvanecida en un oscuro rincón de la oscura escalera, y allí estuvo sin ser advertida, obra de dos horas.

Volvió en sí luego de un rato, pero aún hubo de esperar para reponerse otro buen espacio.

Al cabo de un poco sintió abrirse la puerta del beaterio y oyó la voz de Clara que despedía á dos devotas, y á lo que parece no lo hizo con la unción debida ó se le antojó desta manera á la acongojada que diz que oyó no sé qué de:

—Aún estoy como muerta que ese condenado marqués baila como una peonza y muele como una muela de molino.

Y aunque ello debía ser comentario de algún exorcismo difícil, el que oía tomólo por resabios del bureo, y lo fué parloteando por la vecindad de manera que puso en tela de juicio la virtud de su beatitud, quien así como llegó á saberlo, pensando que el mejor medio de combatir la maledicencia es huir del foco donde hierbe, alzóse de aquel barrio, (con lo cual quedó más que castigada) y trasladóse á estotro de las Vistillas de San Francisco, donde desde luego estaba más apartada del bullicio cortesano, aunque no ciertamente de la curiosidad y estrecha policía de las comadres.

***

De allí adelante y desde el punto y hora en que se trasladó de aposento, no volvió á recibir menesterosos en su casa ni hacer caridades de su misma mano, para esto tenía á su señora madre, y en verdad que no pudiera hallar mejor ama y alcaidesa de su hacienda.

Si alguno quería milagros, había de pedirlos indirectamente dando toda clase de detalles para que el prodigio fuese hecho con toda precisión, mas no contara con ver á la venerable ni aun por la poquedad de una rendija.

Aun á pesar desta recia clausura no faltaba quien tuviese que agradecerle harto, y haciase lenguas de la influencia que su merced tenía con los bienaventurados del cielo.

Entre los más entusiastas y elocuentes era un pobre menestral que vivía con tres hijos de corta edad en un mísero tabuco de la misma casa de los Santos.

Una mañana en que vió salir á la *elegida* para hacer sus devociones en el vecino templo parece que se arrojó á sus pies y besándole el halda del vestido, hablóle desta suerte:

—Señora, mire vuestra reverencia que es santa y está tocada de la gracia divina, que por esto es sobre la tierra consuelo de pecadores y alivio de desgraciados, como haga alguna cosa con que este infelice y cuatro inocentes criaturas se remedien, pues á la hora desta no han tomado nada desde ayer á las doce del día.

—Levante, hermano—dijo la *santa* — y mire como está confundido, pues yo no soy más de una pecadora. Así y todo, como á veces la intención hace tanto como el poder, vaya ahora mismo á

oir tres misas en el altar de alma de San Cayetano, y al caer de la tarde, irá á la pradera de la Teja, busque un árbol que tiene grabada una cruz, y encomendándose muy de veras á Nuestro Señor, cabe en su alrededor, que yo le fío que en esta corta penitencia hallará algún alivio para el desamparo en que vive. Espere en Dios, hermano, que El no abandona jamás á las criaturas que forma á su imagen y semejanza...

Y tomando el cíngulo de cuero permitió que el hombre le besara.

Lleno de fe encaminóse éste á poner por obra cuanto acababa de escuchar, y hallóse, apenas si dió dos azadonazos al pie del árbol, con un bolsillo preñado de dos docenas de escudos de oro, que eran como venticuatro soles en un medio día de Agosto.

De allí adelante su agradecimiento fué más que una trompeta, un trombón de la Fama...

***

Cada día iba más en auge la ciencia milagrera: cuando no era un niño arrancado de las mismas garras de la Muerte, no faltando un adarme para que fuese camarada de los angelitos del Cielo, érase un ciego pedigüeño en la lonja de alguna iglesia que recobraba la vista, otras una mujer llena de laceria que con sólo haberse pasado un borde del manto de la *Santa,* quedaba tan limpia que no fuera lo más una fuente cristalina.

Tanto prodigio, que recorría la villa de parte á parte, llegó á oídos de su ilustrísima el señor Obispo auxiliar de Madrid, D. Anastasio Puyal y Poveda, quien por sí mismo quiso visitar á la elegida del Señor y admirar sus portentos. Salió maravillado, proclamando que sobre la faz de la tierra no consentía otra cosa igual la Divina Omnipotencia.

Así pues comenzó á bullir el caso en las más altas esferas, y no había dama de campanillas que no quisiese adorar á la beata Clara y hacer una novena en su oratorio.

Ella resistíase en principio, diciendo que la sencillez de las almas buenas la confundían, pues no era más de una gran pecadora que penitenciaba sinceramente para ver de borrar las manchas perniciosas que la impedían acercarse al divino estado de perfección que se ha menester para llegar á conseguir la suprema gracia...

—¿Pues tanto pecador hay en la Tierra—plañía con voz contrita—que miran á esta miserable criatura como prodigio de perfección? ¿Piensan que no haríanme poca merced con descubrírmelo? Ténganse, hermanos; vuelvan los ojos al Cielo y apártenlos con horror de esta miserable criatura que quisiera huir de sí misma. Los que acuden á mí equivocadamente, sí que dan alto ejemplo de humildad y gracia cristiana, pues que en su fe interna, se advierte cómo quieren llegarse á Dios y merecer el beso de paz que da en la frente á los elegidos.

Y las sencillas ó bobaliconas gentes, que creían de buena fe las palabras de Clara, al cebo de ellas hincábanse más en el fanatismo estúpido, y no fueran bastante para arrancarle de él, cuantos sabios notables ha producido el Orbe.

Al apartarse de ella comenzaban los comentarios, que eran de un apasionamiento loco.

Quién, contaba milagros hechos en su presencia, y los refería con tal minuciosidad, que no lo hiciera tan peregrinamente de haberlos visto con los ojos del rostro que no con los de la fantasía.

Quién, hablaba de la vida de su merced, con tal elogio y conocimiento de los pasados capítulos de su vida, que no lo hilara más fino un cronista, puesto á su servicio desde la cuna.

***

Tanto era el auge que tomaba la devoción que el Santo Oficio tuvo á bien no inmiscuirse en el caso ni hacer indagaciones por su cuenta; lo que resultara, allá saldría cuando Dios fuese servido.

A buen seguro que si tan altas personas no anduvieren royendo los zancajos á la Santa, ya él hubiese cumplido con su menester, pero tales manos lo hilaban que no había forma de manosear la madeja.

Cuando dejó su merced la calle de Cantarranas, no hubo consuelo para aquellos vecinos, así como tampoco había pena para los de la barriada de San Francisco, donde como déjase dicho tomó aposento, porque entendieron éstos que á ellos pasaríanse los milagros y bienandanzas.

III

A la misma hora de anochecido, salían todas las tardes, muy contritas y con los mantos echados por los rostros, dos tapadas. Volvían la esquina de la calle de los Santos y echaban hacia la Morería.

—Estas sin duda que vienen muy temprano—decía una comadre—porque nadie las ve entrar. Cosa segura que se quedan haciendo penitencia con la santa.

Otra, apuntaba:

—Dicen que son dos duquesas.

—¿Y cómo lo sabe?—argüía una tercera—si no se les ve la cara, ni hay carretela que las espere, que ellas muy humildes y cavilosas se van por su pie, y ni siquiera hay quien pueda decir que las ha oído el metal de la voz.

—Vayan benditas de Dios—dijo otra—y cuánto mejor nos fuera si estas almas perfectas menudearan, que así no nos iríamos los míseros pecadores tan paso á paso para el infierno.

—Si fuera — comentó otra — de ser ellas tal y como nos pensamos, pero no se tengan creído que es oro todo lo que reluce.

—Ya está la vieja desconfiada y maldiciente, para la que no hay alma pacífica ni honra quieta—atajóla una comadre, de buen ver, que en aquel mismo instante ponía uno de sus rollizos pechos entre los labios de un mamoncillo.—¿Pues qué ha

visto en ellas, que tenga que echárselo en cara, ni más ni menos que si fuese un pecado?

—Tengo yo muchos años y más trastienda—replicó la zaherida—y no me las trago como algunas. Mucha penitencia y mucho ayuno, pero yo sé que no se alaba á Dios cantando *polos* y *serranas*, ni comiendo tostones y pasteles de Puerta de Moros.

—Pero, ¿habrá alacrán, mala hierba?—exclamaron algunas.—Así agradece las limosnas y mercedes que le hacen.

—¿Qué tengo yo que agradecer á nadie, si no es á mi pobre nieto y á la sopa de los padres de San Francisco? Y vayan muy enhoramala, que no quiero hablar con mulas de reata, que piensan que los pájaros maman.

Y renqueando penosamente entróse en el patio entre la rechifla y vejamen de la comadrería...

***

Los ardores de la estación, pues ya Julio caminaba á buen andar, hacían que la gente del barrio, en siendo noche, buscase en la calle el fresco que no había forma de hallar en las habitaciones, y así en lo que duraban las veladas, eran temas de todas las conversaciones la notable vida penitente que hacía la elegida del Señor.

En aquella noche fué asunto largo que no se dejó hasta la hora de recogerse la iracundia de la vieja, y aunque todos la condenaron, parece que no faltó cierto mancebo de la botica de Palacio pareja de amores de cierta linda menestralilla, que mostró algún más discernimiento y claridad de sentido que todos.

—Yo de mí—dijo el mozo—ningún motivo tengo para poner en los campos de la duda la santidad de su merced, pero como uno, en aquellos ratos que le dejan tranquilo la confección de píldoras y tisanas lee su poco y se entera de lo que pasa y se piensa en el Mundo, se me cierra un poco el gaznate cuando trato de pasar tales prodigios como bolas del puente de Segovia. Creo que el tiempo de los milagros ha pasado ya.

—¿Y, qué lee el señor oficial?—inquirió un vejete asmático y barrigudo.—Acaso esos librotes que vienen de Francia, azotes de la fe, que si yo fuera nada más de por un día el Príncipe de la Paz, yo sé muy bien lo que hiciera con ellos, y con los necios que se queman las cejas revolviéndoles.

—No se sulfure su merced, tío Manolillo, que no lo merece la cosa—replicó el muchacho—pues lo que yo leo no hace más que abrir los sentidos, y por ello sé que hay muchos desaprensivos, que viven de la buena fe de los demás. ¿Por acaso no ha oído hablar ahora de una bienaventurada de Cuenca que dá ciento y raya al Cristo más milagroso de cuantos tiene la cristiandad? Pues ya verá como todo para en pasearla en burro por las calles de la dicha ciudad.

Aun la misma novia se creyó en el trance de salirle al paso, diciéndole, pues que toda la gente honrada decía bien de la pobrecita de Dios, no tenía él para qué lanzar la manzana de la discordia, así pues que se callara y escuchara humilde la voz del pueblo, que es la voz del cielo, ó sobre ello, morena.

—Miren que yo sé de gente de Palacio—replicaba el hombre—que acude á esta casa y no tiene nada de buena vida.

—Le habrá tocado Dios en el corazón y vendrá con la carga de su arrepentimiento.

—O á llenarse de más pecados. Pues qué, ¿para estas cosas no hay tribunales de penitencia en los mismos templos de Dios? ¿A qué viene el hacer una casa particular vertedero de la conciencia?

—Ahí ve el maldiciente — atajóle otra comadre—cómo habla porque le inspira el demonio, y por lo tanto no sabe qué se dice. Aquí no vienen sino á ejercicios piadosos de devoción, y en cuanto á si la casa está dispuesta ó no para en ello, sepa el hereje, que la pobrecita santa goza bula del Padre Santo, para tener al Señor de manifiesto en su mismo oratorio.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el mancebo dando de lado por la fuerza de la admiración á sus resabios volterianos.

La mujer pensó que si hizo tan santa invocación fué porque creyó mentira sus palabras, y yéndose para el desconfiado con los ojos encendidos y las uñas prevenidas para arrancarle los suyos, continuó hecha una fiera:

—Pues, qué ¿tengo yo facha de embustera para que ponga en duda mis palabras? Sepa que dicen tanta verdad como el evangelio de la misa, y ese Señor sacramentado, le han visto estos ojos que se ha de comer la tierra. Nos ha fastidiado el matasanos...

Cuando le consintió la iracundia de la ofendida explicó el hombre como pudo, que no fueron sus palabras las que obligáranle á la invocación de Nuestra Señora, sino el que tal herejía hubiese consentido el Pontífice Romano.

—Quisiera yo ver esa bula, porque se me hace muy cuesta arriba el creerlo. A buen seguro que esto no lo sabe la Suprema.

—Y ¿qué tiene que ver la Suprema con lo que viene de más arriba?—replicó el vejete—pues sepa que tanto como eso ha conseguido el señor nuncio de Su Santidad, D. Pedro Gravina, y á buen seguro que tan dignamente está la Divina Majestad de manifiesto en casa de su merced, como en la misma iglesia primada de las Españas. Y mire el mozo para aquí adelante, (si en algo se estima y estima á los que le favorecen, empezando por la que ha de ser su esposa en los altares), de no traer aquí semejante pleito de difamación, porque no todos los días suelen estar los ánimos bien dispuestos para escuchar estas cosas y pudiera tener que sentir.

Todos aprobaron á coro las últimas palabras del vejete barrigudo, y el mancebo de la real farmacia, viendo que con escucharle tanta gente predicaba en desierto tuvo por buen consejo de callarse y que cada uno marchase por la vida como bien le apeteciese... El con arrullar á su novia y tejer deleitosamente el copo de su cariño ya había cumplido con lo más sustancial de la vida...

IV

Ciertamente que el régimen interno de la devota mansión, no solía corresponder muy bien á la fama austera que tenía en la vecindad y aun en toda la villa; pero ello, si va á mirarse bien, tampoco era cosa para pensar que tanta virtud fuese tramoya de la fina, pues que luego de las arduas tareas y rudos ejercicios de penitencia, hay que conceder algún bienestar al cuerpo para que no pierda la salud, y con ello la imponderable labor de acercar almas á la divina gracia.

A punto de las doce del día, tanto en invierno como en verano, comíase la olla oronda y repleta como se acostumbra en las ricas casas de Castilla, sin que faltaran en ella para no hacer mal tercio á los garbanzos desamparados, la pelota, la media gallina, el sabroso jamón curado al humo y el apetitoso chorizo de Extremadura comprado al tío Rico, que era el más experto y concienzudo choricero que entraba en la Villa por el puente de Toledo.

No faltaba en la tarde el suculento chocolate de Torroba, en el que se esponjaban deliciosamente, sólidos bollos de los reverendos padres de Jesús, ó los incomparables bizcochos de las madres clarisas; venían luego los bolados y el agua naranjada, fría en los meses caniculares, con nieve de los pozos de la Puerta de Fuencarral. De esto, ya entraban á tomar parte los devotos distinguidos, tales como el Nuncio, el señor Obispo, el P. Fray Bernardino, confesor de la *elegida* y maestro de novicios en el frontero monasterio de San Francisco, un auditor del Tribunal de la Rota y alguna piadosa marquesa que también empleaba las horas del día en ejercicios de caridad y prácticas de devoción...

Y esto, que como se ve no era cosa para espantar á las gentes ni inquietar las conciencias, no dejó de hacer su mella entre los que no estaban bien dispuestos para comprender la perfección de los espíritus que quiere Dios, para ser en un día, próceres y pajes de la grandeza de su corte. Y lo que parece que hacía más hincapié entre los desconfiados, fué el ver algunas noches, que luego de que salían las dos dignidades eclesiásticas, entraba un gentil guardia de Corps, de aquellos que tan notable mella hacían en el sensible corazón de la reina María Luisa...

***

Y una noche, luego de la habitual velada de los vecinos, quedáronse solos en un corredor disfrutando de la grata temperatura, los dos únicos á quien no esperaba el trabajo á punto de amanecer, y fueron, aquella vieja que no quería nada bien á la bienaventurada y el vejete que tanto la defendiera en el capítulo anterior.

Por un buen espacio estuvieron callados y cuando comenzaron á hablar, fué para traer á cuento, como tienen por costumbre todos los viejos que en el mundo han sido, son y serán, que no hay edad como aquella en que ellos fueron jóvenes, y así su charla no era más de una entusiasta glosa de los tan traídos y llevados versos de Jorge Manrique:

"Cualquier tiempo pasado,
"fué mejor...

En esto, de una ventana del piso principal, vino un vivo resplandor, que rasgó la tiniebla en que el patio estaba sumido, y luego como si viniera de muy adentro de la casa, el rasgueo débil de una guitarra...

Entrambos viejos se miraron.

La vieja dijo con cierto tonillo impertinente.

—Cuando yo digo. Si la hija de mi madre es una pécora, una mala lengua que no goza más que levantando falsos testimonios al prójimo.

—¿Pues qué pasa?—inquirió el viejo.

—Hijo, ciego tiene que ser usted para no verlo—continuó la vieja afianzándose más en su labor disolvente,—pero, una, no puede hablar, porque luego se piensan que es envidia y mala querencia. ¿No ha visto usted esa luz?

—Si.

—Y ¿no se ha santiguado usted y ha caido de hinojos? pues confiese entonces tío Manolillo que está en pecado mortal y á dos dedos de irse al infierno por la posta, porque sepa que esa luz no es otra que el resplandor de la corona de la santa.

—¿Qué quiere usted decir, madre Claudia?

—Y tampoco ha oído el rasgueo de una guitarra tañida como en tono de *fandanguillo?* pues sepa hombre pecador y descreído, que no es otro ese grato sonar, que el tañir de las arpas y rabeles que tocan el celeste coro de arcángeles y serafines en torno de su merced.

Iba á replicar el viejo, cuando le atascó la voz en la garganta sin darle tiempo ni lugar para salirle á los labios, la letra de esta copla, que en la soledad de la noche, dejó sus cuatro versos clara y distintamente:

"Ven aquí beata Clara
santa de mi devoción,
que ya tienes puesta el ara
en mi propio corazón...

—¡Bien está la salve!—dijo la vieja.

—Pero, ¿es posible?—protestaba el viejo.—No habremos oído mal, madre Claudia, no traerá el viento un eco lejano?

—Ya lo creo, hombre, de Babia, que es donde está usted la mayor parte de sus días.

—Si me lo dicen, no lo creo. Aún lo estoy oyendo y lo pongo en duda... Pues mire, madre, si he de hablarle con franqueza, ya que estamos solos —dijo el tío *Manolillo*—también á mí me costaba trabajo tragarme tanta santidad, porque yo, en buena hora lo diga, soy cristiano viejo y no creo que los santos existan más de en los altares.

—Y aun de éstos habría que poner muchos en cuarentena.

—Bien, dejemos ese cuidado aparte, que doctores tiene la Santa Madre Iglesia que saben más que nosotros, pobres pecadores... Pues sabrá que por exigencias y tiranías de mi mala salud, como allá adentro de mi zaquizamí casi no puedo respirar, me paso las más de las noches en este mismo lugar, y ya ha más de tres y más de cuatro, que cuando todo está dormido he escuchado esa misma zalagarda y advertí esa procesión de luces por las ventanas del mismo cuarto.

—Pues claro, alma de Dios. Como que esta es la hora en que las brujas celebran su fiesta.

—¿Y cómo es que está aquí su merced entonces?

No hizo la madre Claudia aprecio del *madrigal* porque era cosa que escuchaba de sus convecinos todos los días y á todas horas, y continuó:

—Lo que yo le digo á usted y está viendo por sus propios ojos, es que *esa* es una perra vaga, enemiga de Dios y de sus santos, que comercia con los bobos como usted que se las tragan como puños. Mire usted que creer los muy brutos que pone huevos de gallina... Como me llamo Claudia Tortuero, que si no fuera por las incumbencias y sinsabores que trae, en amaneciendo me iba á dar parte á la Inquisición, pues es pecado mortal ver estas cosas. Dígame, las tablas de pasteles y vinos que vienen de puerta de Moros y se entran por la casa de atrás, ¿son para hacer penitencia? Tengo yo el colmillo muy retorcido y no me las trago así como así. Mire usted cómo no siguió haciendo milagros en la calle de Cantarranas.

—Lo que yo digo—arguyó el tío Manolillo, que por ser hombre de bien, resistíase á darse por vencido—es que si es tan pécora como dice el ejemplo que tenemos á la vista, ¿por qué la reverencian y tienen en tanto personas de tan alto linaje en los estados de la Iglesia, y cómo cada tarde hay aquí más señorías y eminencias que en los mismos besamanos del rey? ¿Entre tanta maleza, no habrá alguna flor?

—Dios me perdone, pero quiero hacer el favor á toda la gente de sotana, mas no á los otros, de creer que son unos zotes, dignos de arar, pero no como mozos, sino como bueyes, porque se me resiste mucho pensar que sean tan bellacos.

—En fin, no se hable más del asunto, no vengan mal dadas y tengamos nosotros, sin haber comido ni rezado jamás en esa casa, que danzar luego entre familiares é inquisidores. Descanse hermana Claudia, yo voy á ver si estos malditos pulmones me dejan dormir dos ó tres horas, y si estas cosas le exacerban la bilis tome en ayunas una taza de flor de malva sin azúcar, que es como mano de santo.

Y deshízose la tertulia y rompióse el coloquio.

***

Queró solo el patio.

De vez en vez rompía el silencio en la calle los ladridos de algún perro vagabundo, y en el mismo corredor que valió á los viejos por salón de conferencias, el monótono chirriar de un grillo triguero, escándalo de la vecindad en las altas horas de la noche consagradas al sueño.

Las brisas que Guadarrama envía á la Villa, tamizadas por las espesas frondas de la Casa de Campo, eran suaves y deleitosas y convidaban á honrarles en las plazas y en las azoteas.

En el *santuario* continuaba la devoción que tan impensadamente hubieron descubrir los viejecillos.

A intervalos escuchábase muy bien la algazara.

Otra copla volvió á oirse, pero no se advirtió de manera tan perceptible como la de antes, mas sí los *olés* y el bureo con que fué recibido.

Al fin apagóse la luz que pasaba al través de los balcones, y en mucho tiempo nada interrumpió la serena quietud de la noche.

.....

Poco antes de amanecer, muy sigilosamente bajaban la empinada escalera, hasta media docena de individuos de ambos sexos; algún vecino madrugador exclamó con ingenuidad y encono:

—Ya les ataría yo corto á *estos conspiradores*, encismadores del pueblo.

V

Así como en los conventos era el medio día hora de rigor para verse la puerta llena de pobres que acudían á la sopa, éralo también en las inmediaciones del santuario particular, para que el ignorante fanatismo de la plebe acudiera á manifestar su devoción y pleitesía.

Acaso no acudiera tanta muchedumbre á recoger las sobras del vecino monasterio.

Viendo tantas mujeres con niños en los brazos no pensárase sino que en aquella casa habitara algún famoso médico, que fuese para las infelices criaturas la salud y la vida, pero para esto no hubiéranse molestado las comadres, que en todo caso sería cosa terrena y banal sujeta á errores y ellas querían la ciencia divina y sobrenatural que diz que no falla y es perenne como la otra vida.

Estas mujeres llevaban sus hijos lacerados á que los curase la santa con el soplo de su aliento, el tacto de sus manos ó el roce de sus vestidos, y aun habíalas que dábanse por un punto más que servidas, ya que el ver frente á frente á su merced no era cosa tan fácil, con que el tocamiento no pasase allá de las paredes de la casa.

Los pocos que por privilegiada merced destas que se presentan una sola vez en la vida como favor singularísimo, habían logrado ascender por la empinada y nada limpia escalera, hasta la misma mansión santificada, eran tenidos por los demás, como seres superiores, y no cambiaran ellos mismos tan señalada fineza por una peregrinación formal, libre de gastos á Tierra Santa...

Y las visitas de la clase de rango también coincidían á esta hora, por lo que estaban los alrededores tan orlados de carretelas y carrozas que no parecían sino las cercanías del regio alcázar en día de recepción solemne.

Diz que la madre de la beata, necesitaba multiplicarse para dar audiencia á tanta gente, porque pensar que de buenas á primeras habían de ver á la bienaventurada, era pensar en lo imposible; harto más fácil era ver al serenísimo señor Príncipe de la Paz y á la paciente majestad del rey D. Carlos IV.

La dicha madre, que era una alhaja, podía muy bien ser maestra de diplomáticos.

A fuerza de muchos ruegos y más dádivas conseguíase ir entrando poco á poco en el seno de lo que pudiera llamarse devoción íntima, y aun para ello éranse menester tantos requisitos, que no hubiera más escrúpulos en hacer una probanza de sangre para conseguir un hábito y tomar carta de nobleza.

En fin, que tan complicado y bien dispuesto estaba el aparato de santidad, que cuantos llegaban, por influencia ó por industria de mucho afecto, cerca de la *venerable*, salían creyendo en ella con toda fe y pensando que ningún bienaventurado de cuantos andan por el martirologio y el almanaque, tenían tanta mano en las oficinas de cuenta y razón de la eterna vida.

¡Cuántas veces, muy graves doctores en sagrada Teología hicieron intención de coger á Clara en un renuncio, en la más pequeña falta de fe, y siempre se vieron confundidos y cegados por la ejemplarísima humildad de su merced.

Alguno de ellos, lumbrera famosa en la Cátedra del Espíritu Santo, tuvo entrevistas de muchas horas, la mareó á preguntas difíciles, le puso conclusiones tan apretadas, que un licenciado hubiera tenido que echar mano de toda su ciencia, y ella, en cambio, la resolvía, que no lo hiciera con tanta llaneza y desparpajo cualquiera de los cuatro evangelistas, recias é inconmovibles columnas del Antiguo Testamento.

—Dígame, hermana — solían preguntarla. — ¿Cómo puede valerse para hacer esos milagros que no se han vuelto á ver desde que Jesús vivió entre los hombres? ¿Cómo siendo la pobreza misma, viste al desnudo, alivia al afligido, consuela al desventurado y remedia al mendigo? ¿Cómo siendo lega en las artes de curar, da salud al enfermo, compone al lijado, limpia la sarna y seca las llagas? ¿Cómo estando en su casa constantemente, sabe cuanto acontece fuera de ella, tiene noticia de sucesos que acaecen á muchas leguas de la villa

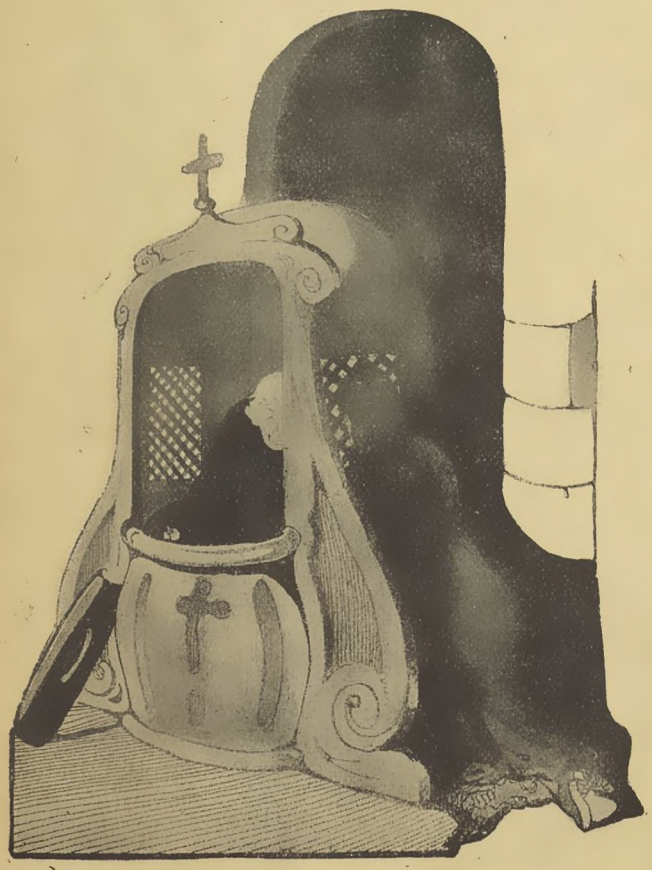
y sabe de personas ausentes, que acaso no vió en sus días?

Y la beata, sin alzar los ojos del suelo solía responder, con voz débil y humilde.

—Su paternidad confunde á esta gran pecadora que no ansía más de servir á nuestro Señor, en el silencio y en el desamparo. ¿A qué cuerpo enfermo puede ofrecer salud quien tiene el alma en pecado mortal? ¿A qué miembro afectado ofrecerá ligadura quien padece el espíritu hecho esquirlas, que es cada una pasión domeñada? ¿A qué infelice comido de la lepra se acercará quien tiene el corazón podrido y el pensamiento lleno de lodo? ¿A dónde volará una imaginación, si tiene las alas sujetas por sus propias culpas? Yo no soy más de tierra liviana, ortigas de los rastrojos, cieno de las charcas... Encomiende mi alma, rece por mí, no me olvide en las noches de penitencia. Y cuando oiga sonar la campanilla del Santo Viático, gócese de que puede sonar mi hora... ¡Milagros esta carroña?... ¡Prodigios este muladar?... ¡Extasis esta carga de escoria?...

Y el pobre doctor, que escuchaba vejamen tan horripilante quedábase confuso, lleno de una dulce inquietud, pensando:

—De esta clase de barro son los arcángeles y serafines que rodean el trono del Altísimo. Los próceres y magnates de su corte, los príncipes y señorías de la ciudad santa, Jerusalén redimida. ¡Bendito sea Dios que me ha concedido vivir hasta conocer en la tierra esta proscripta del Cielo...



Y luego de besar á su merced el cíngulo de esparto salía su reverencia, tan en gracia de Dios, que no se cambiaría por un agonizante despachado con todos los sacramentos...

VI

Cuán cierto es aquel dicho que de continuo anda en labios del vulgo, y son sus breves palabras un vasto y profundo curso de filosofía: *No hay bien ni mal que cien años dure.*

Así de pronto parece perogrullada de las más insignes, pero no lo es; esta buena pieza que traigo, lector, con tu licencia entre los puntos de la pluma y la blancura del papel, podrían dar justísima razón.

Harto tiempo llevaba con su industria devota, y á fe que tenía creído que con ella podría tirar sin miedo á tropiezo alguno hasta el cabo de sus días, pero ni ella ni su santa madre, habían contado con la huéspeda...

No hay desdicha en el mundo como la de salir una criada respondona. Y más si por tener goteras que tapar en la opinión, se la sufren las insolencias. Yo pienso que se adelantara más haciendo confesión pública de las culpas, que fiándolas al secreto de una moza de servicio. Si tengo para mí, que la prensa periódica fué invención de una criada...

Allá, luego de la devoción con que se cegaba al vulgo (y entiéndase que no solamente es vulgo el pueblo, sino hasta las mismas personas de sangre real, como tengan emplebeyado el sentimiento), volvíanse las tornas, y preveníanse las más alborotadas jaranas, de que se tiene memoria en la villa matritense.

Aquellas tapadas que solían verse á punta de noche bajar muy contritas del santuario, no eran sino hija y madre, que salían amparadas de las primeras tinieblas á disponer el bureo nocturno.

Otras veces, era una penitente rezagada, que tuvo necesidad de quedarse á dormir el cansancio que le produjo la lucha con el pecado mortal.

Aquel rumorcillo liviano envuelto en los versos pícaros de una copla, que una noche oyeran dos viejos más despiertos y desconfiados, que toda la vecindad, continuaban oyéndose, pero los crédulos y devotos pensaban que venían de otra parte, y cuando mucho, que era el demonio que huía.

Algunas veces, al través de un visillo advertíase la silueta de un guardia de Corps, pero bien podía ser ilusión momentánea, ó la misma madre de la santa, que más tenía traza militar que femenil.

Lo cierto era que había algún tiempo que en el ambiente cerníase cierta atmósfera hostil que pugnaba por enroscarse enredor de la bien elegida, y á la calle salían ya algunas especies poco respetuosas, y eso que en su verdadera figura, sin trama de penitencia de los devotos de buena fe, ninguno la había visto.

Diz que sin la estameña, los cíngulos de esparto, las sandalias de cáñamo y la cabellera desordenada, era mujer de muy buena estampa.

Morena la color, grandes y negros los ojos, razonable la estatura y hecha como por mano de tornero, pues era alta y firme de pechos, el cuello mórbido y fino, y el pie chico y primorosamente calzado, como correspondía mejor á una damisela de rango, que á una penitente ejemplar...

Tenía el rostro muy graciosamente aderezado, el reir era armonioso y franco, y la voz suave y pastosa, que á las veces el metal de su voz más era para dar almas al malo que ángeles á Nuestro Señor.

Mas no se quiera entender por esto que ella fuese de finas maneras y exquisito trato, pues si fuésele á hacer inquisición del carácter, de manera alguna podría ponérsele facha de mujer cortesana; y aun de aquí puede entenderse que arrancó el camino de su perdición.

Cuando dejaba de cumplir su santo ministerio, y había de entendérselas con su madre ó con la moza, no acertaba á mostrar aquella sencillez evangélica, de que el vulgo hacía tan enormes elogios. Entonces es fáma que traía en la boca todo el pintoresco vocabulario en uso por las amazonas de las Vistillas, y las náyades de la calle de Toledo.

Hubiérase recogido el pelo en una redecilla, puéstose un corpiño de satén y una basquiña rameada, llevando al brazo una cesta de hortaliza y á fe que no hubiese verdulera más bien plantada en todo el vasto continente de la cortesana villa. Y desta suerte sí que hubiera estado guapa. A voces la hubiese pedido para trasladarla á un lienzo el maravilloso pincel de D. Francisco de Goya, pintor insigne de majas y duquesas; D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, componedor ilustre de sainetes, de no haber fenecido en las postrimerías del siglo anterior hubiese enjoyecido alguno de ellos con el tipo de Clara...; pero sin duda alguna, Dios para su mejor servicio se dignó disponerlo de otra suerte, y así salió este angélico de retablo.

Yo sé de muchos que más se holgaban de la perfección de su cuerpo que de la sencillez y limpieza ficticias de su alma, y más estimábanle unas vueltas de bolero y una tonadilla nueva, que una jaculatoria ó un rosario, dichos en estado de gracia.

VII

Parece que una noche la penitencia carnal fué tan prolija y laboriosa, que cuando Dios fué servido de amanecer, faltó poco para que la vecindad no se diera cuenta de todo, y en aquel mismo punto y hora tuviesen lamentable fin la vida y milagros de la beata Clara.

Tan trastornada habría de estar la moza, que, como dice el refrán, con las glorias pasadas fuéronse las memorias presentes, y al salir á la compra como había por costumbre, dejó sin encajar la puerta de la escalera.

Si algún curioso hubiérale acometido el deseo de fisgar, no hubiese tenido más trabajo que el de empujar un poco y embocar en la casa lindamente, y mía fe, que hubiese sorprendido muy notables cosas para hacer el panegírico de su merced.

Pero no es ello (por respeto á los lectores), para traerlo á cuenta y comentario en el alma de estas líneas; baste saber que andaban abrazados unos con otros por todo el santuario los siete pecados sin que las siete virtudes que según el Catecismo son freno de ellos, diesen barruntos de asomar por parte alguna.

Cuando la madre levantóse y halló el entuerto de la descuidada moza, se alborotó mucho, y como llegó ésta la dijo tantas y tales cosas, que la fámula osó alzarle la voz y responderla de igual á igual. Con esto soliviantóse la vieja más de lo que ya lo estaba, y fué menester que la hija interviniera.

***

—¡ Insolente ! ¡ Desvergonzada !

—Allá va quien puede dar lecciones. Y si la desvergüenza se vendiera al peso, en menos que lo estoy diciendo, nadaría en oro.

—Esto es lo que trae el proteger y dar alas á piojosas llenas de roña.

—Lo que se me ha pegado cuando la paso la lendrera y le lavo la porquería de engañar á los bobos. Y protegerme ¿en qué? si buenas magras me he comido, bien me lo he ganado, y sus cuentas les tendría en dármelos. Nos han *fastidiao* las santas de pega.

—Ya haré yo que le hagan callar con una mordaza, en cuanto venga el señor fiscal.

—Sí, y la niña que es boba se va estar aquí esperándole.

—Eso no será...

—Sino ahora mismo. Si ya me apesta el vaho de esta casa, y maldigo del pan que he comido en ella y de los salarios que cobré, que como fueron en pecado mortal, ahora mismo tengo de ir á descargarme la conciencia, pues, según lo que me pesa, no parece sino un saco de plomos.

Y quitándose el delantal la enfurecida alcarreña, arrojóle á los pies de sus amas, como un emblema denigrante y vergonzoso que pudiérale contaminar la carne pura.

Viendo ellas el caso grave, quisieron atajarle con palabras más blandas.

—Y ¿qué le irá á contar la bachillera que ella no haya hecho, si más que como á sirviente la hemos tratado como á hija?

—Pues me ha llegado la hora de hartarme de tantas finezas.

—Mas, ven acá, necia, ¿dónde irás que mejor estés ni más te consideren?

—Ni qué sacarás con salir de aquí hecha un basilisco y dar un cuarto al pregonero.

—Quitar caretas, que no todo el año ha de ser carnaval. Y adiós, que no quiero más parola. Mi salario ya me lo tengo cobrado. Que el Diablo las lleve, y á fe que llevará leña para un rato.

Y tomando la puerta dió á correr y no paró hasta que no se vió lejos de la casa...

***

Toda la algazara y diversión de la noche, convirtiéronsele en un momento á las dos mujeres, en duelos y sobresaltos.

¿Qué sería de ellas de allí á poco, porque aquella condenada llevaba trazas de no parar de correr y de charlar hasta dar en los mismos estrados del Santo Oficio?

Pero la madre como más práctica en los trances de la vida dijo:

—Yo pienso que por ese lado no hay que temer, pues que lo que fuese de nosotras tiene que ser de ella, porque en todo caso aparecerá como encubridora, y ya es sabido que la Inquisición castiga tanto al cómplice como al delicuente.

—Y mire en que día ha venido á acontecer el percance—lamentábase la hija—¿Cómo se ha de preparar la fiesta de esta noche, si no hay de quién fiarse? ¡Válgame Dios! quién había de pensarlo.

—Hija no hay que espantarse, después de todo, el que anda con fuego es el que se quema. Un día ú otro tenía que llegar...

—Luego usted tiene un genio que no hay quien la sufra—arguyó la hija.—No pudo pasarla esta de ahora como la ha pasado otras que eran más causa para reñirla.

—¡Bah! ¡A que ahora voy á tener yo la culpa!

—Yo no sé quién la ha tenido, pero no tardaremos en ver los resultados y entonces serán las madres mías.

—¿A qué ahora va á resultar que te has hecho tanto á la vida regalona, que te piensas duquesa nacida en pañales de seda? ¡Válgame Dios, hija, y qué flacas somos de memoria.

—Si yo no he sido más de lo que soy, ¿á quién se lo debo? ¿Por ventura me ha enseñado usted otra cosa?

—Con tal de que lo hubieses aprendido bien, que no sé cómo vuelve quien viene una vez. Más milagros tengo yo que hacer, para llevar la trama de la comedia, que hizo ese Jonás de que tú hablas para salir del vientre de un tiburón.

—De una ballena; parece mentira que no se trate usted con las gentes de su familia.

—Insolente, eso te faltaba, insultarme. Si yo cuando me vi desamparada, sin más patrimonio que tú en el mundo, te hubiese puesto en el torno de la Inclusa, no pasaría la pesadumbre al cabo de mis años, de sufrir estos agravios.

—Su cuenta le tuvo en no hacer la heroicidad, porque gracias á esta carga pesada de entonces, vive usted ahora ligera de cuidados y disfrutando de la vida.

—Si viviera tu padre...

—Deje la resurrección de la carne para cuando Dios sea servido, y no muela, que se acaba el agua...

Y de aquí se fueron enredando las palabras tan fuertes y tan espesas, que no estuvo en poco que entrambas lobas se llegaran á las manos y trascendiese el escándalo á la vecindad. Mas al fin se apaciguaron y de allí á poco apenas si conservaban recuerdo de lo pasado.

Aquella misma tarde fué cubierta la plaza vacante y por un par de días más continuaron su vida, pero al cabo de ello todo derrumbóse en el suelo como castillo de naipes, que en esto vienen á parar las grandezas y tramoyas de la vida...

Pero esto es cosa que merece capítulo aparte, y así lector te ruego si la historia te trae intrigado, que vuelvas la hoja...

VIII

La nieta de Maritornes, ofendióse tanto de ser tratada con desconsideración, que no prometió en vano las amenazas y en cuanto vióse en la calle corrió á cumplir su palabra.

Y es fama que al pasar ante la pastelería de Puerta de Moros, donde se hacían los mejores pasteles de liebres de toda la villa, sin duda por atención de estómago agradecido tuvo una punzada de conciencia y entró á decirle al pastelero:

—Maestro, porque le tengo ley y no soy amiga de que los justos paguen culpas de pecadores, quiero advertirle que se le acaba la parroquiana de la calle de los Santos, y si mira por su hacienda, no deje de ir esta misma tarde á cobrar lo que se le debe.

—Pues, ¿qué ocurre?—dijo el hombre.

Mas la moza muy contra su costumbre, no quiso detenerse á dar explicaciones, porque iba á cosa hecha y se limitó á responder ambíguamente.

—Antes lo verá de lo que se piensa, pero si se quiere bien, no deje de ir hoy mismo según le advierto, mire que mañana será tarde.

Y salió de la tienda, dejando al maestro de las tortas hecho un mar de confusiones.

Ella embocó luego en San Andrés y entrando en la sacristía buscó al venerable párroco don Rafael Oseñalde.

Como le hubo ante sí, díjole: humildad y compostura que no se esperara de quien tan descompuesta estaba no habría una hora.

—Padre. ¿Su reverencia puede escucharme un momento?

El ministro como vió el azoramiento de la tal, preguntóle:

—¿Es caso grave de conciencia?

A que respondió la moza.

—De todo hay, pero no es necesario que me oiga en confesión, porque es menester para el buen gobierno de nuestra Santa Madre la Iglesia, que haga uso público de lo que tengo que decirle.

—Bien, hija—replicó éste.—Pues vé á esperarme en el confesionario de la capilla del Cristo, que al instante voy.

Y su merced intrigado como estaba, salió detrás de la penitente.

***

Muy contrita esperaba ella y apenas hechos los preámbulos de rigor comenzó desta manera á descargar lo que llamaba conciencia:

—Acúsome padre de todo corazón y arrepintiéndome de ello como si estuviese á punto de entrar en la otra vida, que he servido á la falsa beata Clara y por más de tres años he contribuído á engañar á la gente sencilla con los embusteros milagros y profecías de mi perversa ama. Esa mujer no es tal bienaventurada, ni podía serlo en todos los años de su vida aunque viviese tantos como dicen de Matusalén, porque tiene con ella á su madre que es más bribona y más infame. Allí no se conoce el ayuno ni la devoción, todo es infame industria para vivir y holgarse deshonestamente cada noche. Lejos de macerarse las carnes con crueles disciplinas y cilicios inhumanos las baña todos los días en aguas perfumadas, y no le faltan nunca la bergamota, la esencia de benjuí, ni el "vinagrillo de los siete ladrones". A cada hora del reloj tiene un amante. Sale todos los anocheceres fingiendo ser una de las muchas damas bobas que acuden á visitarlas y á las que sacan los cuartos muy lindamente.

"Yo me acuso padre, de haber callado estas herejías por tanto tiempo, pero, qué había de hacer si soy una pecadora, más amiga de los gustos y regodeos de la carne, que de la penitencia y las privaciones y en aquella casa me iba tan bien, que no fuera tanto en el mismísimo palacio del Señor Príncipe de la Paz... Eran tantas las propinas, tan continuados los agasajos... tan abundante y regalada la mesa, que el alma se me iba al infierno en coche... Juanillo el paje, si le envía á buscar su merced, dará buen informe de lo que digo, y aún mejor que nadie el pastelero de Puerta de Moros...

***

No se espantó mucho el buen clérigo, porque había tiempo que le rondaban tales cosas por los alrededores del sentido común, y no acertaba á comprender cómo andaban en esta farsa gentes comprender cómo andaban en esta farsa gentes de tan grande autoridad.

—Luego, ¿estas declaraciones—preguntó á la moza—no las haces bajo secreto de confesión?

—¿Qué he de hacer?—dijo ésta—si tengo empeño en que se pregone á los cuatro vientos.

—Bien — repuso el clérigo; pues entonces haré de ello el uso que es debido; y en cuanto á ti, no te asustes que no te pasará perjuicio alguno si no es la molestia de probar donde sea oportuno, cuanto acabas de decirme.

IX

Cosa es sabida que entre gentes de buen humor presto se olvidan los disgustos y se hacen allá las rencillas, sin que la menor sombra de ellas venga á entristecerles un punto en la gorja; así pues, no es de extrañar, que apenas pasado el entremés de la criada respondona, no tornaron á traerla á las mientes.

La falta de ella, no fué grande obstáculo para la marcha del servicio, pues como *en casa llena presto se guisa la cena,* que dice el refrán, no tardó en hallar quién la sustituyese.

Previnose pues el bureo, y si no le hubieran cortado en lo mejor, á fe que pudiera tenerse por el más divertido de cuantos hasta entonces iban hilvanados en aquella casa.

Las duquesas devotas, los clerigüillos desaprensivos y mujeriegos, como aquel tan magníficamente retratado por Espronceda, las majas de rumbo y los majos de plante, brindaban aquella noche asunto para un soberbio cartón al soberano autor de los *caprichos*, que fué lo único verdaderamente glorioso é imperecedero de aquellos tiempos.

Las burlas y vejámenes contra la gente crédula y bonachona que acudía en busca de milagros y prodigios era la salsa con que se aliñaba la juerga, y aún de ella se cantaban coplas al son de las vihuelas.

Del Nuncio para abajo no quedaba nadie bien librado, y por no tocar en la irreverencia y mal gusto, no se hace aquí mención de ninguno de los dichos y hechos. Allá la buena imaginación del lector los adivine, y aderece por sí, según su conciencia cristiana ó *neutral*...

***

La media noche iba por filo.

En el corredor halláronse nuevamente el tío Manolillo y la madre Claudia.

Esta venía de la calle. Aquél procuraba aliviar la pobreza de sus pulmones con el aire fresco que envíaba la Sierra.

—Tardecillo se anda—dijo éste á la vieja.

—Y cómo ha de ser—respondió la Tal—Los que somos pobres tenemos necesidad de buscarnos la vida como Dios quiere. Si fuésemos siervas del Altísimo y con treinta años menos, otro gallo nos cantara.

—Sabe su merced — arguyó el viejo bajando mucho la voz—que yo también voy entrando en sospecha de esa pájara.

—Bueno era su merced para marido confiado, pues que vendría á enterarse cuando ya lo supiesen hasta las piedras.

—Lo digo, porque á punta de noche ví subir unas bateas del pastelero de Puerta de Moros, que desvanecían de buen olor... Y hace un rato trascendían hasta aquí, que no era posible tener en paz el estómago.

—Pues claro, hombre de Dios. ¿Se piensa que yo echaba la lengua al aire por ganas de ofender? ¿Qué metíame con ello en el bolsillo? No ve su merced, que yo en mis mocedades serví á un pájaro de la misma casta. Era hermano de todas las cofradías, administrador de la ronda de Pan y Huevo, echaba las saetas del Pecado Mortal, y no faltaba al rosario callejero aunque cayesen chuzos de punta, y luego en casa era el *tío* más perro y más malo del mundo. Pero desta sé más que nadie, más no diré una palabra, porque, tengo gusto de que los pájaros bobos, se desengañen por sí mismos. Bástele saber que esta tarde estuve más de hora y media de cháchara con la criada, que ya no está en la casa. Si yo le dijera...

Y á pesar del empeño que decía tener porque cada hijo de vecino convenciérase por sí solo, disponíase la buena mujer á volcar el saco de sus noticias cuando en la escalera oyóse ruido de gente.

—Parece que suben—dijo el tío Manolillo.

—Será el del sotabanco con toda su ralea—respondió Claudia.

Mas presto unas linternas aparecieron en el mismo corredor.

Espantados quedáronse los viejos, y sin duda que iban á pedir socorro, cuando uno de los artefactos luminosos, llevando por zancajo á un alguacil del Santo Oficio, se adelantó y les dijo:

—¡Ténganse á la Santa Inquisición! Nadie se mueva ni alce la voz si tiene aprecio á la vida.

Preguntó luego por el cuarto de la beata, y sumándose á la comitiva, que no era nada numerosa, dirigióse al lugar indicado.

Los pobres viejos, por quitarse de tratos con tan buena gente, fuéronse cada cual á su covacha, dispuestos á no salir dellas como no les sacaran de por fuerza.

***

En la puerta del Santuario sonaron tres golpes dados con el regatón de una vara para no hacer mucho ruido.

En un momento quedó paralizada toda la bulla.

El paje llegóse á la mirilla y preguntó quién era.

Como iban á cosa hecha, entre advertidos, respondieron con el santo y seña convenido entre los tertulios asiduos y la puerta se abrió.

El muchacho quiso dar la voz de alarma, y era á tiempo que la madre de la *santa* salía extrañada de la tardanza de éste.

—¿Quién va estas horas?—preguntó con recelo del mal que se les venía encima.

A lo que, un poco socarronamente, respondió uno de los esbirros.

—No se alboroten ni espanten, que no somos más de la Santa Inquisición.

Y como oyera esto la pécora, cayó privada.

Dejáronla con guarda y entráronse luego á descomponer el bureo.

Parece que fué buena la redada, pero como por el pronto no habían interés más que por las dos mujeres, dejaron á los otros luego de tomar sus nombres y domicilios, y es fama que había gente de muchas campanillas.

Diz que la bienaventurada del Señor, como se vió descubierta, no mostró mucha mansedumbre ni conformidad, y según las palabras que de su boca salían, no dijérase sino que hablaban por ella todas las furias del infierno.

Mandáronlas poner los mantos, y luego salieron...

***

En la calle esperaba un coche tirado por dos briosas mulas, que no las tuviera tan orondas y lucidas, la comodidad de un arzobispo.

Las ruedas de la pesada máquina y los cascos de las bestias estaban envueltas en corcho, á fin de que no sintiérase ruido alguno en la quietud y silencio de la noche, que por esta estudiada precaución, pudieron sorprender á las pécoras tan de improviso.

Subieron al coche las palomas y los gavilanes, y partió la carga con la misma precaución y silencio que había llegado, dando á poco en la cárcel del Santo Tribunal.

Nadie se dió cuenta en la vecindad, si no eran los dos viejos que trasnochaban haciendo la apo-

logía de la bienaventurada y éstos, tan espantados y medrosos quedaron, que por boca de ellos nadie supiera la novedad, pues sabían muy bien que era saludable consejo aquel que dice:

Con la Inquisición,
¡chitón!

X

Amaneció el siguiente día, y fué triste el amanecer para los asiduos devotos.

Cada paso que daban hacia el *Santuario* era una puñalada á su fe.

La puerta estaba cerrada con el sello de la Inquisición.

Empezaron los comentarios.

Quién decía que fué una mala voluntad, que nunca falta en la tierra almas perversas, y éstas le habían perdido.

Otras, que miraban el ídolo caído, volvieron grupas en su devoción y decían:

—No será oro todo lo que relucía, cuando á tal extremo la han traído, que desta especie se están viendo mil cosas cada minuto.

—Cuántas veces, no hay un manjar que es recreo de la vista y encanto del paladar, le comemos con verdadera ansia, y es luego veneno que roba la salud, cuando no la vida entera... Pues acaso esta bienaventurada sea pastel desa misma harina.

Los vejetes de marras, asomábanse un poco al corredor y se estaban quedos, aunque buenas ganas se les acudían de salir á dar satisfacción de lo que vieron.

***

—¿Qué me dice usted ahora, tío Manolillo?

—Qué quiere usted que le diga, madre Claudia, que no me llega la camisa al cuerpo, y estoy maravillado de que á la hora de esta no se hayan acordado de nosotros.

—Ni lo permita Dios, la Virgen del Socorro, venga en nuestra ayuda, pero, tenga cuenta con que aún faltan muchas horas para que se acabe el día.

—No haga presagios, vecina. Demás, que nosotros somos unos infelices que no han cometido más culpa grave, que la de vivir en la misma casa.

—No le decía yo á usted...

—Y pensar que estuve á punto de andar á cachetes con el mancebo de la real farmacia...

—Irán ahora, estas mulas de reata á besarle el halda del vestido ni á llorarle penas y miserias en la *galera...?* Si viese las ganas que se me pasan de ser tea en la hoguera que le está esperando, (porque menos que asada no paga) saliendo á decir: "Sí, señores, yo puedo dar fe de que es una lagarta muy grande y...

—Usted tomará á bien de estarse aquí muy quietecita y callada, si es que se quiere bien y á mí no me tiene mal querer, pues á sabiendas, ningún daño le tengo hecho. ¡Pues á fe que la ocurrencia es peregrina!

Y entrándose los dos en el chamizo de la madre Claudia, acabaron por atrancar la puerta.

Al fin acudió un par de corchetes del Santo Oficio, y lo mismo fué verles aparecer por San Francisco el Grande, que quedar la calle de los Santos limpia de curiosos y devotos.

La noticia corrió de un punto á otro de la villa, llevando el asombro y estupor á todas las gentes.

Nadie se lo explicaba.

El Nuncio y el Obispo auxiliar de Madrid, que tanto habían intervenido en el negocio, dando pruebas de que para más que ocupar tan altos ministerios valían para guiar una recua, quisieron imponer su influjo, pero alguien les aconsejó bien, haciéndoles mirar el peligro en que se ponían y limitáronse á esconder su vergüenza en la soledad de sus palacios...

EPILOGO

Como cabo de todo esto, la Inquisición que siempre tuvo fama de cruel, dió una muestra de bondad, pues solo se contentó con enviar á la Beata y á su madre á sufrir unos cuantos años de cárcel, así como á los criados y cómplices de los más divertidos que acudían asiduamente á los ejercicios de devoción.

También ciertos personajes y personillas sufrieron el rigor eclesiástico y padecieron pena de destierro.

El pueblo hizo coro y se conformó con echar el caso á coplas más ó menos malas, tales como éstas:

"Si una mujer aparenta
que es beata y conmovida
está pasando una vida
muy austera y penitenta,
y así goza de gran renta
por su grande devoción;
y testigos de ello son

el fraile, el obispo, el cura;
sin embargo que es locura,
nada digamos... chitón..."

"Si los tres y más un ciento,
suplican al Padre Santo
le conceda velo y manto,
siendo su casa convento,
si consiguen este intento,
y para más perfección,
en su misma habitación
la dice la misa un cura;
sin embargo que es locura,
nada digamos... ¡chitón!"

"Si llegando á mayor grado
la ignorancia desta gente,
todo un Dios Omnipotente
le ponen sacramentado,
y olvidando cuán sagrado
es esto á la religión,
le reducen á prisión
en tan inmunda clausura,
sin embargo que es locura,
nada digamos... ¡chitón!"

"Si después de haber creído
que es cierta su santidad,
descubren que la maldad,
su centro en ella ha tenido,
y que allí que se ha ofrecido
al justo juez oblación,
la mayor disolución
se practica con holgura;
sin embargo que es locura
nada digamos... ¡chitón!"

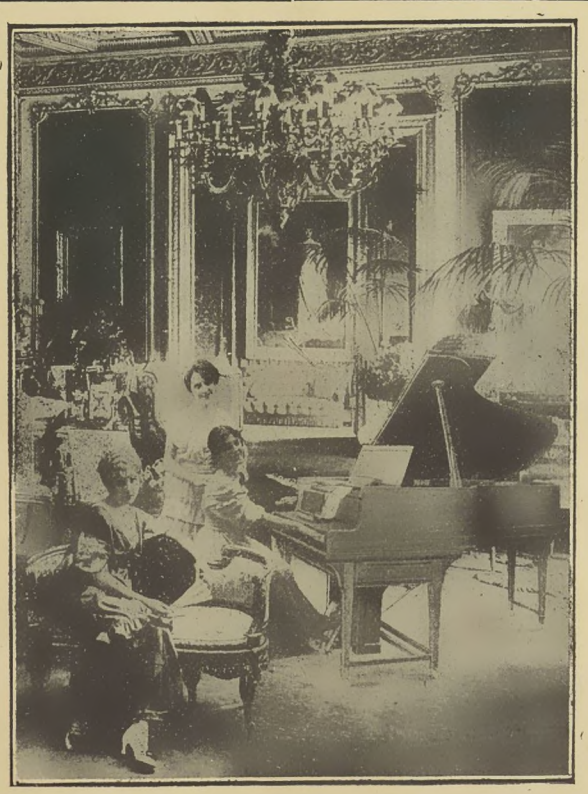
"Si el público llega á ver
que esa maldita embustera
es mala como cualquiera
y frágil como mujer;
si en ello llega á entender
la muy Santa Inquisición,
y la pone en reclusión
no llevando á obispo y cura,
sin embargo que es locura,
nada digamos... ¡chitón!"

***

Aquí se da fin á esta narración de la vida y milagros de la beata Clara.

Diego San José.

Madrid a 22 de Setiembre de 1917.



R. CAMPOS

PIANOS, PIANOS AUTOMÁTICOS

y

Órganos de las más importantes

marcas

Salón de audiciones y ventas:

CALLE DE NICOLÁS MARÍA RIVERO, 11

MADRID

Imprenta de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

por decírselo á mi esposo,
qu'es aquel señor qu'está
parado en aquella esquina
leyendo el *A B C*.
—¿Cuál
dice usté...? ¿Aquel del garrote?...
(Ese ya es otro cantar).
L'acompañaré... otro día.
Hoy, no, reina... No es por ná.
Es... porque tengo qu'hacer
muchas cosas... Además,
su esposo está entretenido
¡y no le quió molestar...!

Por la transcripción.

F. Moya Rico

TELONES Y BAMBALINAS

Después de larga ausencia—invertida en recorrer el mundo, llevando á luengos países, como heraldos de la fraternidad hispanoamericana, los primores del habla de Cervantes—María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza regresan á sus lares, y reanudan la serie de sus triunfos.

No han necesitado atraer al público con el señuelo de obras nuevas: *Campo de armiño,* uno de los grandes éxitos de Benavente, ha despertado ahora tanto entusiasmo como en la época no muy lejana de su estreno. El reparto de la admirable comedia ofrecía una novedad digna de mención: Carlos Díaz de Mendoza, el menor de los hijos del glorioso matrimonio, ha representado ahora el papel que su hermano Fernando estrenó en la hermosa comedia benaventiana; y á fe que él y sus padres pueden estar satisfechos, pues el público le otorgó el espaldarazo, declarándole digno de su prosapia.

***

La compañía del Odeón ha estrenado, con éxito merecido, una adaptación, hábilmente hecha por Acebal, de *El amigo Manso,* la admirable novela de Galdós. A fuer de sincero cronista, preciso es consignar que el público acogió con entusiasmo la nueva comedia, en la que hubo primores de interpretación por parte de casi todos los que intervienen en el reparto. Pero ¿cómo negar que la novela resulta empequeñecida al trasplantarla á la escena? La figura de Máximo Manso, con ser la que mayor relieve alcanza en la adaptación, dista mucho de tener el que puso Galdós en la obra primitiva. Y los demás tipos, ó están desdibujados, como el de José Manso, ó parecen haber sido creados tan sólo para salir á escena á decir cuatro chistecitos, como con doña Cándida acaece.

Por cierto que no huelga una observación relacionada con este personaje. Irene Alba, que lo interpretó, peca esta vez, como acaso alguna otra, por lo que los jugadores de billar dirían "exceso de juego". Se pasa, en fuerza de apoderarse del tipo. Es una caricatura, más que otra cosa, lo que resulta desempeñado por ella. Y no fué ese, ni con mucho, el propósito del autor al crearlo.

Aumarol

EFEMÉRIDES

DE MIÉRCOLES Á MARTES

Miércoles 21.—Celébrase en Madrid, bajo la presidencia del señor Vizconde de Eza, la primera sesión de trabajo de la conferencia de Seguros agrícolas.—En una mina de El Ferrol mueren tres obreros á consecuencia de un desprendimiento de tierras. Prodúcense en Madrid algunos alborotos estudiantiles con motivo del intento de reponer los ejercicios de reválida.—Alemania amplía las zonas marítimas prohibidas.

El jueves los empleados de Correos entregan al coronel Márquez, en Barcelona, el nombramiento de presidente honorario de la Junta de defensa por ellos formada. — A consecuencia de una explosión vuela la fábrica alemana de productos químicos de Griesheim auf Mein. Celébrase un mitin en la Casa del Pueblo, de Madrid, y á la salida hay pedradas y cargas.

El viernes vuelve á cerrarse la frontera francesa.—Queda sofocada la revolución de El Ecuador.—Los ingleses progresan nuevamente en Yprés y en Judea.

El sábado se publica un Real decreto dictando medidas restrictivas para el consumo de la gasolina.—Fallece el general Echagüe.—En el Palace Hotel se celebra un banquete en honor del conde de Romanones y de los candidatos romanonistas que lucharon en las elecciones últimas.

El domingo queda medio destruído por un incendio el palacio de los duques de Medinaceli, en Madrid.—Celébrase en Madrid una gran manifestación organizada por la Casa del Pueblo en favor de la amnistía.

El lunes quedan firmados los nombramientos de los nuevos gobernadores.—La princesa Tatiana de Rusia, consigue escapar de Siberia.—Salen los Reyes para La Granja, donde permanecerán unos días.

El martes avanzan los ingleses en Flandes. — Prodúcense graves desórdenes en Viena.—Proclámase la república en Ukrania.

LOS DEPORTES

RESUMEN SEMANAL

La penúltima reunión del meeting hípico de otoño, con el más interesante partido de balompié de la temporada, constituyen nuestros más salientes—y únicos—actos deportivos.

Merece un comentario la solución del problema de las sociedades motoristas, finalmente unidas, y recordaremos que lejos de la corte tantas manifestaciones ha habido, que será difícil que de todas ellas tengamos espacio donde dar cuenta.

CARRERAS DE CABALLOS

Cerca ya del final, ésta que nos ha parecido breve temporada, debemos confesar que ha sido una de las más brillantes. Acompañadas todas las reuniones de un tiempo magnífico, nuestro hipódromo ha reunido en concierto admirable, las garantías de éxito: bellas y elegantes damas; tiempo espléndido.

Los resultados de las carreras del domingo fueron los que siguen: 1.ª Premio "El Goloso", vallas y á reclamar. 1.000 ptas. y la mitad del excedente sobre el precio de reclamación al segundo. Distancia 3.200 metros. Ganó *Anglo-Saxon,* del duque de Toledo; 2.ª Premio de Chamartín. A reclamar. (1.500 ptas.) Recorrido 2.200 metros. Entró primero en la meta *Po-*

destat del barón de Velasco, y segundo *Serpette* de Oyarzabal; 3.ª "Premio de Algete" (1.500 ptas.) Distancia 1.100 metros. Por un cuello triunfó *Bonne-Gosse,* de Jean Lieux, segundo *Ramscapelle* del mismo propietario, y tercero *Pelagosa;* 4.ª "Premio de Fuencarral" (2.000 ptas.) Recorrido 1.600 metros. *Tycho-Brabé,* de Oyarzabal fué el caballo vencedor, seguido en segundo lugar de *Ordotz,* de miss A. Hutton, y tercero *Saint Syrien* de Lieux; 5.ª "Premio de Hortaleza". (3.000 ptas). Distancia 2.400 metros. Ganó *Grètry* del marqués de Villamejor, y segundo Rivista, de Lieux.

El desfile resultó brillantísimo.

BALOMPIÉ

"Athletic" vence á "Madrid"

Ante el desacuerdo de unos y otros para la elección de árbitro, recayó la elección en un catalán, con fama de imparcial, que vino de la ciudad condal á dar con su figura la importancia, de que nosotros estamos seguros carecía el encuentro del domingo.

Como es natural, nuestro buen público, poco amigo de ingerencias extrañas, protestó al mencionado árbitro, que vino á honrar con su presencia el partido del solar de Ruete...

Los campeones (pero, ¿estos son aquéllos?) lo hicieron bastante peor que mal, á pesar de ser dominadores la mayor parte del tiempo.

Los atléticos, por no llevarles la contraria, les imitaron grandes ratos, y en consecuencia, nosotros nos aburrimos.

Durante el primer tiempo las dos únicas veces que los roji-negros llegaron cerca de la meta enemiga, dejaron dentro para dar fe de su proximidad, el balón que llevaban hábilmente entre los pies, y excusamos, pues, decir, que el marcador en tanto apuntaba dos *goals* de ventaja en su haber.

Antes de terminar este tiempo cada uno de los bandos se apuntó un penalty, por graves faltas que indudablemente vería el *notable* árbitro forastero.

Y durante la segunda mitad, todavía los atléticos lograron el cuarto goal, cuando el dominio de los vencidos les abrumaba...

Sin que el partido fuera de los que se recuerdan largo tiempo, fué seguido con vivísimo interés por el público (en mayor número que en encuentro alguno) atento al desenlace del campeonato del centro, cuya segunda parte tendrá lugar el domingo próximo, despejándose la incógnita, con la victoria del Racing, ó empatando tres equipos si el Madrid es el vencedor.

Provincias.

VARIOS PARTIDOS Y UNA CARRERA

En Bilbao y en Irún, el campeonato del norte, el más interesante de la actual temporada, y del que ó mucho nos equivocamos ó ha de salir el futuro campeón de España, dió lugar á dos encuentros interesantísimos, entre el "Athletic" y el "Arenas" y la "Real Sociedad" y el "Real Unión" respectivamente.

En el primero triunfaron los atléticos y en el segundo los unionistas, con lo que parece ya muy probable la victoria de estos últimos en el campeonato.

JUAN MUGUERZA, DE F. C. DE ELGOIBAR, GANADOR DE LA VUELTA Á SAN SEBASTIÁN EN 28,30 SEGUNDOS Fot. Norton.

LA UNIÓN MOTORISTA

Por fin, dimes y diretes vinieron á resultar, en el único término que podían tener; bien que éste haya sido más satisfactorio que lo que pudiera esperarse.

Disueltas por previo convenio de una comisión nombrada con amplios poderes para pactar la fusión, las sociedades Moto Sport Español y Real Moto Club Español, todos los motoristas madrileños se reunieron días pasados para aprobar el nuevo reglamento y dar vida al Real Moto Club Español, nueva y única sociedad que en adelante regirá las doctrinas de los aficionados madrileños al pequeño motor.

La vuelta á San Sebastián, fué ganada por ese corredor, ya campeón de España, Muguerza, por una notable diferencia sobre los demás corredores que se disputaron la prueba.

A. M. F.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos, y sólo se admitirán los solicitados por la Dirección.

Aceites y grasas -:- lubrificantes -:-

Oleo-Motor

insuperable para el engrase de los autos

Correas de transmisión y algodones para máquinas

SUCESORES DE E. STEINFELDT

Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID

Obras de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración de «Los Contemporáneos»

El templo de Talía.
Idilio trágico.
Siervo y tirano.
Los hijos.
Donde hubo fuego...
La ley de Malthus.
Siempreviva.

Precio de cada una, 3 pesetas.

Los lectores de "Los Contemporáneos" que deseen adquirir alguna, la recibirán franca de porte enviando á esta administración, por cada tomo que soliciten, 3 pesetas en sobre monedero, giro postal ú otro medio análogo.

VIUDA DE R. ABATI

Modas.—Ultimos modelos de París para la próxima temporada.

MARIANA PINEDA, NUM. 7.—MADRID
Teléfono núm. 92.

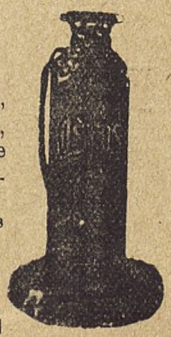
DEBILIDAD, NEURASTENIA CONSUNCION, CLOROSIS CONVALECENCIA

ANEMIA

VINO Y JARABE de Hémoglobine Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior á la carne cruda, á los ferruginosos, etc Da salud, fuerza. — *PARIS.*

EXTINTOR DE INCENDIOS QUIMICO "KUSTOS"



Adquirido por el Banco de España, Credit Lyonnais, Museo del Prado, Teatro Real, Cuerpos de Bomberos de Madrid, Bilbao, San Sebastián, Sabadell, etc., etc.

El único inexplosible y las cargas las prepara el comprador en su casa.

L. Serrano, S. en C.

PASEO DE RECOLETOS, 10, Madrid

3

nombres que la

PERFUMERIA FLORALIA

aconseja no olvidar á las personas que quieran gozar privilegio de elegantes:

FLORES DEL CAMPO

Jabón
Polvos
Colonia
Ron Quina
Loción
Brillantina
Extracto

OXENTHOL

Dentífrico admirable á base de oxígeno

Y SUDORAL

Loción desodorante, cuyas propiedades describimos en el prospecto perfumado que le regalará su perfumista ó su farmacéutico.